

Vuélvete, Isabel, tus ojos maternales,  
 Vuélvete de tu mirada el blando rayo,  
 Y al rededor de tus balcones reales,  
 Al pueblo encarándole del Dos de Mayo.

¿Y con qué ojos, con qué rayo, al corte  
 Miras los ojos de los que se miran,  
 Y con qué rayo, con qué mirada al corte,  
 Miras los ojos de los que se miran?

¿Y con qué ojos, con qué rayo, al corte  
 Miras los ojos de los que se miran,  
 Y con qué rayo, con qué mirada al corte,  
 Miras los ojos de los que se miran?

¿Y con qué ojos, con qué rayo, al corte  
 Miras los ojos de los que se miran,  
 Y con qué rayo, con qué mirada al corte,  
 Miras los ojos de los que se miran?

Las gentes son que el ámbito espacioso  
 De esas famosas plazas inundaron,  
 Y, cual hoy de su amor al fruto hermoso,  
 Princesa de Castilla te aclamaron;

Que defender del aquilón sañudo  
 La tierna flor de tu niñez supieron,  
 Y dándote sus pechos por escudo,  
 En tí su amor, su porvenir pusieron;

Y, hoy que ese bello don del cielo obtienen,  
 Y a nuevas dichas en su amor predicen,  
 A milagros carismas vienen,  
 Y el tacto fiero de tu amor bendicen.

D. JULIAN ROMEA



D. JULIAN ROMEA.

En tí sus ojos y su mente fijos,  
Sombra te da con maternal empeño,  
Y rodeada de sus bravos hijos,  
Con amoroso afán te guarda el sueño.

Y ufana, y con razón, de sus blasones,  
El manto real que de sus hombros pende  
De barras, de castillos y leones,  
Sobre las gasas de tu cuna estiende.

Y ansiosa ya de que el laurel divino  
Te ciñas de la gloria en la alta esfera,  
Para mostrarte el inmortal camino,  
A que despiertes cariñosa espera.

Y al despertar del sueño regalado,  
Atentos á su voz y con presteza,  
Levantarse verás de lo pasado  
Cuarenta siglos de inmortal grandeza.

Cuarenta siglos, que su velo oscuro  
Con brazos colosales desplegando,  
Ejemplos que seguir en lo futuro,  
En lo que ya pasó te irán mostrando.

Y allí verás de España los blasones;  
Y entre el áureo matiz de sus coronas,  
Y á la par de sus ínclitos varones,  
Los nombres hallarás de sus matronas.

Que aún con respeto y con amor inclina  
Su noble frente, y despejada, y fiera,  
Al nombre de María de Molina,  
O ante la gloria de Isabel Primera.

Y en el metal de su pavés sin mancha,  
En que apoyada por sus glorias vela,  
El nombre encontrarás de Doña Sancha,  
Y el de Urraca también y Berenguela.

Si entre los juegos de la tierna infancia  
Los ojos vuelves á tan rica historia,  
Los nombres de Sagunto y de Numancia  
Se grabarán en tu infantil memoria.

Y entre las áuras de los pátrios valles  
Oír podrás desde tu edad primera,  
El eco vibrador de Roncesvalles  
Retumbando en Bailen y en Talavera.

Y verás la bandera victoriosa,  
En el peñón de Covadonga alzada,  
Cruzando por las Navas de Tolosa  
Desplegarse en las torres de Granada.

La bandera de Otumba, y de Barleta,  
De Taranto y de Flandes, y de Mola,  
De Roma y de Lepanto, y la Goleta,  
De San Quintín, Pavia y Cerinola.

Que si manos estrañas la empañaron  
Por un instante y con amaños viles,  
Al rugir del Leon la contemplaron  
Tremolár victoriosa en Arapiles.

A cuya sombra con guerrera audácia  
Ganar supieron la marcial corona,  
Zaragoza la ilustre en Santa Engracia,  
En su sangriento murallón Gerona.

Y de Roma, y de Francia sacudiendo  
El yugo, y del alárabe precito,  
Por todas partes la verás venciendo  
De independencia nacional al grito.

¡Magnífico espectáculo de gloria  
Que ante tus ojos cruzará radiante,  
Dejando cada nombre en tu memoria  
Un recuerdo de honor hondo y brillante!

Y verás, de ese cuadro en complemento,  
La blanda lira entre las duras mallas,  
Y mecerse la palma del talento  
Junto al verde laurél de las batallas.

Pues porque nada falte á tanto brillo,  
Te mostrarán en la triunfal carrera  
Sus celestiales vírgenes, Murillo,  
Su gigantesco San Lorenzo, Herrera.

Y el dulce son escucharás al paso  
De las gloriosas arpas y vibrantes  
De Lope, y Calderon, y Garcilaso,  
De Quevedo, y de Góngora, y Cervantes.

Y entre otros mil, Velazquez, y Balbuena,  
Y Zurbarán, y Rojas, y Celénio  
Cruzarán, y Rioja, y Polo, y Mena,  
Lustre y honor del español ingenio.

Y si los buscas en la régia altura,  
Bellos cantos también, trovas pulidas  
Hallarás de dulcísima ternura  
Junto al libro inmortal de LAS PARTIDAS.

Y encontrarás al Prócer opulento  
Que acaudillára al pueblo castellano,  
De su inmenso poder quizá contento,  
Mas de su CONDE LUCANOR ufano.

Que es fácil ver en nuestra hermosa España,  
Bajo ese sol que fecundante gira,  
Al propio brazo que acabó una hazaña  
Blandir las armas y pulsar la lira:

Y entre los vuelos de la mente inquieta  
De esa valiente y generosa raza,  
Encontrar la dulzura del poeta  
Bajo el duro metal de la coraza.

¡Oh, vuelve, vuelve, niña venturosa,  
Tus ojos á ese pueblo grande y fuerte,  
Y con gozo contempla, y cariñosa,  
La hermosa pátria que te cupo en suerte!

Y adonde quier que desde el régio asiento,  
Ansiosa de saber fijas la vista,  
A su valor debida ó su talento,  
El recuerdo hallarás de una conquista.

Mas si al cruzar el suelo que apacible  
Con tu mirada en derredor abarcas  
De fresca sangre en abundancia horrible  
Tal vez encuentras humeantes charcas,

Sabrás con pena que españolas fueron  
Las vencedoras y vencidas manos;  
Y que toda esa sangre que vertieron  
Sangre española fué, sangre de hermanos.

Toda brotó de las heridas anchas  
De la afligida España y sin consuelo:  
Sécala tú, y en las sangrientas manchas  
De olvido fraternal estiende el velo.

Y acallando los écos que lejanos  
Rugen aun de la mortal contienda,  
Sobre un pueblo magnánimo de hermanos  
El lábaro de paz sus pliegues tienda.

Y hasta que fuerte y varonil un día  
Consejos tomes de tu noble padre,  
Sirva á tus pasos de amorosa guía  
El alma hermosa de tu hermosa madre.

Y si quieres saber los rasgos bellos  
Que á su grandeza soberana junta,  
No á los dichosos, que se bastan ellos,  
Al que padece, al infeliz pregunta.

Al desterrado á quien llamó clemente,  
Y entre las prendas hoy de su cariño  
Bebe al fin en la plácida corriente  
Del manso arroyo en que jugára niño.

A aquellos que en un día infortunado  
Tanta ventura á su piedad debieron  
Cuando el abrigo del hogar amado  
En el incendio asolador perdieron.

Y todos te dirán que á donde alcanza  
El resplandor de su mirada bella,  
Lleva al dolor la plácida esperanza,  
Es del consuelo la brillante estrella.

Y que en la altura de la régia zona  
Son del pobre las tiernas bendiciones,  
El esmalte mejor de su corona,  
Y el mas rico florón de sus florones.

¡Ah, sí, bendita el alma que piadosa  
Rico tesoro de clemencia esconde,  
Y como al viento el arpa melodiosa,  
A los quejidos del dolor responde!

Sigue, sigue el camino que su planta  
Desde el albor de la niñez siguiera,  
Y aprenderás que la clemencia santa  
Es de los Reyes la virtud primera.

De un digno puesto en la severa historia  
Ambicionando el verdadero brillo;  
De ideas de piedad, de honor, de gloria,  
Llenando así tu corazón sencillo.

En torno esparcirá dulce fragancia;  
No habrá en tus labios ni baldon ni mengua;  
Que nos ha dicho Dios: "de la abundancia  
Que inunda el corazón habla la lengua."

Y en esa noble escuela aleccionada,  
Al trono ilustre de Pelayo asciende;  
Y de buenos patricios rodeada  
Con fé y con brio tu camino emprende.

Y plegue á Dios que el universo vea  
Breve á tu gloria el español recinto;  
Y tu corona con el tiempo sea  
La corona imperial de Cárlos Quinto.

Madrid.—1851.

JULIAN ROMEA.